Capítulo 20 - Alquiler de milagros - La leyenda de William Oh

- Capítulo 20 - Alquiler de milagros - La leyenda de William Oh

Capítulo 20 - Alquiler de milagros - La leyenda de William Oh

“Enhorabuena… señores,” dijo el empleado de la Sala de Intercambio, echando una mirada a Loth mientras entregaba las dos bolsas de oro delicioso a ambos.

“Se siente ligero,” murmuró Will.

“Las cantidades superiores a quinientos single en oro se pagan en Ívory, para ahorrar peso,” explicó el empleado con una expresión cansada. “Ahora, si no les importa…” hizo un gesto para despedirse.

Will caminaba a medio camino de la puerta cuando tuvo una revelación sorprendente, deteniéndose en seco.

Esto es todo. Es la riqueza que buscaba. Podría volver fuera de La Torre, comprar algunos negocios, casarme con una joven panadera encantadora y proveerle con todo el trigo y azúcar que necesite para que pueda seguir horneando bollos esponjosos y deliciosos.

Will abrió la bolsa y sacó una sola moneda de Ívory. Eso valía por sí solo una gran parte del orfanato.

De repente, con la opción de una vida sencilla ante él, su declaración de conquistar la torre pareció un poco… equivocada.

Will apartó esa impulsividad.

Dioses, me dijeron que la mayoría de los Escaladores se detienen en las primeras diez plantas, pero nunca mencionaron lo tentador que puede ser.

Will dispuso que cuatro monedas bajaran en un autobús a cambio de una quinta. El correo en las primeras cuatro plantas aún era bastante fiable.

Las otras diez monedas las gastó en una orgía de compras.

“Bolsa infinita de sal,” musitó Will al ver la etiqueta, girando la bolsa del tamaño de un puño de un lado a otro antes de mirar al comerciante, y luego hacia la mina en la cima de la montaña, que

seguía arrasando la capa de sal que se regeneraba rápidamente.

“¿Cuánta sal produce?”

“Un cuarto de taza por Carga, hasta un máximo de cuatro cargas al día.”

“No es mucho. ¿Cuánto quieres por ella?” preguntó Will.

“Quinientos.”

Will casi escupe su pan.

“¿¡Qué!? Podría comprar el peso de un hombre en sal, salir de la torre, venderla y estar de regreso en una semana.”

“Ah, joven maestro, quizás no me ha entendido. La Bolsa Infinita de Sal no es para obtener ganancias, sino para encurtir y conservar alimentos en los pisos superiores,” indicó el comerciante, señalando hacia arriba.

“Cuanto más alto se sube, más… eh… hay que tener en cuenta la logística. Un Escalador astuto tiene un plan para usar sus diarias, ya sabe.”

Quizá eso no se enseñaba en las clases del orfanato, o Will había estado dormido, pero lo que decía el comerciante tenía sentido. Los procedentes de la vida diaria de un hombre se desperdiciaban si no se usaban.

“Te doy cincuenta.”

“Trescientos.”

“Pasa,” dijo Will, devolviendo la bolsa. “Aún no voy a subir a las plantas superiores.”

“Pareces un poco joven,” comentó el hombre, colocando la bolsa en su sitio.

“¿Qué?”, preguntó Will, señalando un bolso.

“Set de química para viajeros,” explicó el comerciante, abriendo el bolso de cuero que revelaba frascos de vidrio bien apretados. “Todo lo que hay en esta bolsa está protegido contra daños y lleva las herramientas necesarias para refinar o destilar diversos ingredientes alquímicos.

“En la parte trasera hay una manta calefactora, que se ajusta a la temperatura que el usuario desee, mientras remueve la mezcla automáticamente. Y por último, al volver a colocar el vidrio dentro de la bolsa, queda completamente limpio.”

“¡MÍA!” exclamó Loth empujando a Will aparte.

Will le miró a los ojos, levantando una ceja.

—Hago muchos venenos—dijo Loth con una encogida de hombros—. He tenido la intención de aprender a hacer explosivos, pero no he tenido un buen kit de química con el cual llevarlo a cabo.

—Ya que su señoría está tan apasionado, estaría dispuesto a desprenderme de esto por tan solo ochocientos—

—Pasado—dijo Loth, haciendo un gesto para que lo dejara de lado.

El mercader lanzó una mirada despectiva a ambos.

—¿Qué es eso?—preguntó Will, señalando un amuleto con una pequeña cápsula de cristal.

—Amuleto de Ventaja en Terreno—dijo el mercader, girando el amuleto en su mano—. Cárgalo con un tipo de terreno y, para una carga, puedes transformar una pequeña área a tu alrededor para que coincida con ese terreno durante treinta segundos. Ochooros.

Quizá, por su renuencia inicial a negociar, Will había logrado una tarifa que no pudo rechazar.

—Trato hecho. ¿Tienes cambio para Ivory?—preguntó Will, ofreciéndole una moneda.

Los ojos del mercader se abultaron un instante antes de asentir y contar veinte piezas de oro.

—¿Tienes ranuras para casco?—preguntó Will, colocando el amuleto.

—Visión nocturna, protección contra conmociones, embestidas, y mejora del audio—.

—Me pregunto qué hace la máscara—reflexionó Will, sacudiendo la cabeza para indicar que no estaba interesado.

Al tomar la máscara de No-Face, esta había cambiado de forma para parecerse a una cabra. Will la había metido en su mochila junto con la mayor parte de su equipo, en lugar de ponérsela para aprender sus habilidades.

Poner una máscara de cambio de forma, robada a un sujeto llamado No-Face, parecía una forma excelente de acabar maldito con una C mayúscula.

Más tarde, podrían llevarla al templo de... ¿Quién me aprecia? ¿Granesh? ¿Lumesh? ¿Andover? ¿Melisk? Los sacerdotes de Andover estaban generalmente dispuestos a hacer cualquier cosa por monedas, así que probablemente irían allí para comprobar si la máscara estaba maldita.

Había un artefacto extraño que extraía sangre de sus víctimas para fabricar puntas de flecha, y un bastón que potenciaba las habilidades frías.

Nada de bastones que aumentaran las habilidades en el Espacio. Esos eran mucho más escasos. Will casi se le salía la saliva pensando en el día en que pudiera obtener un bastón que aumentara las habilidades basadas en el Espacio, haciendo que su Mano Fantasma cargara más, se moviera con mayor rapidez, mejorara sus efectos o, si los dioses quisieran, tocara cosas.

No había objetos que aumentaran los efectos negativos para potenciar su hacha de guerra: esos eran tan difíciles de encontrar como decía Leon.

Escasos hallazgos en el segundo piso.

Aunque Will encontró un par de guantes que aumentaban la Fuerza en 2 y la Velocidad de Ataque en un 8% a un precio razonable.

Los tomó rápidamente. El vendedor le echó un vistazo a su mano ausente.—¿Sabes que necesitas usar ambos guantes para que sean efectivos?—preguntó el hombre con los dientes incompletos.

—Son para un amigo—mintió Will. El hombre se encogió de hombros y le vendió el par de todos modos.

Will los metió en su mochila. Si en algún momento lo consideraba conveniente, podía cambiar su Anillo de Pinchazo por los guantes y obtener un aumento palpable en su velocidad de ataque.

Dado que el Hacha de la Serpiente aplicaba una capa de debilitamiento por ataque, en teoría... si lograba atacar 33 veces en 3 segundos, podría reducir las estadísticas de alguien en un 99%... antes de resistencias o factores adicionales.

Las habilidades kinestésicas de Will serían lo suficientemente altas para manejar esa velocidad en una docena de niveles más, pero su Clase carecía de la fuerza necesaria para lograrlo sin ayuda.

Por eso, el aumento de fuerza y velocidad de los guantes era un refuerzo clave para acumular mayores capas del debilitamiento del Hacha de la Serpiente, especialmente si no encontraba objetos que prolongaran la duración o aumentaran la potencia de ese efecto.

Además, era difícil equivocarse al potenciar la velocidad y la fuerza de ataque.

Solo me pregunto cuántos pulgadas cúbicas tendrán las Guanteletes.

Otra cosa que probaré más adelante cuando nadie esté mirando.

La gente ya sabía demasiado sobre William Oh.

Una vez que atravesaron el bazar de Skyhold, se detuvieron en una tienda de sándwiches en la esquina de la calle.

Fue solo cuando el vendedor giró hacia la pared junto a ella, talló un trozo de ella y colocó esa porción sobre un pan de centeno escaso antes de entregárselo a Will, cuando éste entendió qué miraba. La pared, e incluso el techo, formaban parte de un solo trozo de carne de pecho, tan salada que en algunos lugares crecía cristales espontáneamente.

“Eso serán dos monedas de oro,” dijo la mujer, extendiendo alegremente su mano.

“¿Dos monedas de oro?!” exigió Will, sacando dos monedas y entregándolas antes de seguir devorando el sándwich de roca.

“Todo es más caro en La Torre,” afirmó ella con un encogimiento de hombros.

“¿De dónde sacaste esto?” preguntó Will, señalando la carne salada en la que estaba empapada la mujer.

“¿Esto? Mi abuelo ganó la puja por el carcaj de un roche después de que todo fuera despejado y desollado, y desde entonces lo hemos estado vendiendo.”

“¿Y cuánto tiempo lleva esto?”

“Hace unos cuarenta años,” respondió ella con alegría. “Empezamos a vender el segundo pecho cuando nació mi hijo.”

Will tosió a mitad de tragar. Ya fuera por el alto contenido de sal o por el hecho de que estaba comiendo carne de ave de cuarenta años, no podía asegurarlo.

“¡Qué curioso!” exclamó Will cuando finalmente logró tragar.

“Cuando mi hijo crezca y obtenga su Clase... Bueno, para entonces tendremos que considerar otra línea de trabajo, pero ya habremos ahorrado bastante,” dijo ella.

Por 2 monedas de oro por rebanada, de millones de rebanadas de carne, espero que sí, pensó Will, asintiendo con la cabeza.

“Quizá consiga otro roche y continúe con el negocio familiar. Tal vez obtenga una buena Clase y se convierta en un Señor. ¿Te imaginas?”

“Señora, no conozco a su hijo, pero sé que está en buenas manos,” afirmó Will, superado por el intenso sabor de la carne salada fermentada.

Pero eso, era bueno.

“¡Oh, qué adorable! Toma otra rebanada, cortesía de la casa,” dijo ella, cortando una porción y entregándosela a Will, quien pellizcó la carne cargada de cristales de sal, casi tres veces su edad, entre el pulgar y el índice, antes de enrollarla.

“MMM.” Will asintió y saludó con el rollo de Carne Ostensible™ antes de que él y Loth se excusaran cortésmente y se escondieran de la vista, donde pudieran seguir devorando la ambrosía de los dioses sin temor a juicio ni ridículo.

“¡Dioses!” gritó Will cuando la rebanada extra de roca despejó sus cuerdas vocales.

“¡Qué rico!” dijo Loth, rodeado su comida.

“Muy bien, eso es todo. He decidido,” proclamó Will, levantando su dedo con un gesto significativo hacia el cielo.

“Vamos a derrotar un roche y a escabecharlo,” afirmó Loth.

“¿Qué, no, vamos a conseguir un cocinero!” dijo Will. “Un cocinero de combate. Preferiblemente uno lindo de mi edad...” Will se rascó la barba. “Aunque no está del todo fuera de lugar escabechar nuestro propio roche, porque estaba delicioso.”

“¿Sabes que son un jefe de incursión, verdad?”

“Bah, creo que podemos enfrentarnos a uno.”

“¿Lindo, eh?” preguntó Loth, rascándose también la barbilla. “¿Macho o hembra?”

“Los chicos no son ‘lindos’.”

“No lo sé... las chicas humanas son todas... gorditas,” dijo Loth, formando una figura de reloj de arena con las manos. “Un poco extraña.”

“Finjamos estar en desacuerdo. El comerciante mencionó que la logística se vuelve más crucial cuanto más alto se sube, y he oído que las reuniones pueden llegar a tener decenas o incluso cientos de asistentes en los pisos superiores. Si queremos llegar a la cima, eventualmente necesitaremos un cocinero.”

“Pero aún no, eso sí,” dijo Loth, tirando suavemente del brazo vacío de Will y señalando hacia arriba.

¡Mecenas del Milagro!

Un cartel ostentoso y dorado colgaba sobre el templo de Andover.

Will y Loth dirigieron sus pasos hacia el templo, atravesando el arco dorado al llegar, mirando alrededor el interior apenas iluminado.

Había un solo sacerdote en la mesa del frente, con las manos entrelazadas con calma, esperando a que Will se sorprendiera por los precios y se fuera.

Sanación: 100 Oro

Resurrección: 10,000 Oro

¡Alquila un sacerdote!

Este piso=500 Oro

Quinto piso y otros: 3,000 Oro

Compra un sacerdote: Negociable.

—¿Puedes arreglar esto? —preguntó Will, levantando su muñón y señalándolo.

—Por supuesto. Mil quinientos oro —dijo el sacerdote.

—Mierda —murmuró Will. Solo le quedaban seis marfiles después de la compra. —Aquí dice que la sanación cuesta cien oro.

—Sanar y regenerar son dos cosas distintas —explicó el sacerdote de Andover, cruzando las manos.

A Will le tembló un ojo. Debería haber venido aquí primero. Si hubiera sabido que teníamos suficiente para su mano...

—Tenemos esa cantidad —dijo Loth, mirando y señalando su bolsa.

—¿Estás seguro? —preguntó Will.

—Yo cubriré la diferencia. Me debes una.

—Esta es la segunda vez, ya te debo —dijo Will, vaciando sus seis marfiles mientras Loth contaba nueve y los colocaba en el mostrador.

—De acuerdo. Si ves unos Mankeran en el cuarto piso, asegúrate de coger unos para mí. Quiero domesticarlos —dijo Loth.

—Está bien —contestó Will con un encogimiento de hombros.

—Cuidado de no dejar que lleguen a tus huesos. Son muy difíciles de quitar una vez que eso pasa —advirtió Loth.

Will seguía mirando su Saboteador cuando el sacerdote terminó de contar y aclaró su garganta.

—Esto equivale a mil quinientos oro. ¿Están todos de acuerdo con este sacrificio para recuperar la extremidad de este muchacho? —preguntó, señalando a Will.

La palabra “sacrificio” le recorrió la columna con una sensación de escalofrío.

—Sí —contestó Will.

—Sí —lo confirmó Loth.

—Muy bien —dijo el sacerdote, poniendo su mano sobre las monedas de marfil. Un momento después, un resplandor etéreo descendió desde su mano a las monedas, y Will sintió una breve oleada de... ¿indignación?

Un impulso irracional de abofetear al sacerdote con tanta fuerza que su deidad lo sintiera.

Su brazo derecho se contraió antes de conseguir controlarlo.

Las monedas se disolvieron, y el sacerdote le indicó que extendiera la mano, que brillaba con la luz del milagro de Andover.

Will colocó su muñón sobre el mostrador, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

¡Eso es! Estoy de vuelta en el juego, ¡querido amigo! Will iba a hacer muchas cosas increíbles con su mano izquierda nuevamente. Escalar sin usar los pies, sostener dos cosas a la vez.

¡Dioses, será tan mucho más fácil ponerme la ropa! La ropa de Will había sido adaptada para ser usada con una sola mano.

En realidad, ¿sabes qué sería mejor que la cincha que uso? ¡Pantalones con tirantes! ¡Ja! Es gracioso que me haya dado cuenta justo ahora, cuando ya no los necesito... esperen...

—¿Por qué sigue faltándome la mano? —preguntó Will al sacerdote, quien lo miró con una gota de sudor en la frente.

Lo que Andover está diciendo no tiene sentido... Quédate aquí, voy a buscar al diácono. El sacerdote se giró y casi se lanzó a través de las cortinas detrás de su escritorio, dejando a Loth y Will allí, para mirarse el uno al otro.

—¿Crees que podremos obtener un reembolso? —preguntó Loth.

Sin decir una palabra, Will le señaló un cartel en la pared.

—No hay reembolsos en la compra de milagros o sacerdotes. —decía el cartel.

Un momento después, el sacerdote regresó, guiando una reliquia vieja y desgarbada.

—Mano —murmuró, jalando la muñón de Will sobre el mostrador, casi haciendo que Will cayera. —En estos días, los aprendizs parecen incapaces de manejar una simple regeneración...

El anciano quedó en silencio mientras la luz brillante de Andover surgía de su palma, bañando la muñón de Will en destellos de luz.

Un instante después, soltó la mano de Will con una expresión gruñona y arrugada.

—Andover me dice que tu mano ahora pertenece a La Torre —dijo, levantando una ceja frondosa para mirarlo.

—No es asunto mío cuáles misterios has andado metiendo tu mano, después de todo. Es naturaleza de La Torre. Si todos nos dedicáramos a perseguir esas incógnitas, no quedaría ninguno para mantener las luces encendidas...

—No te devolverán la mano a menos que tú mismo hagas crecer una nueva —le soltó el sacerdote con una dureza insensible—. Pero, ya que cobramos tu dinero y no hacemos reembolsos…

—Pasa por el mostrador —dijo, abriendo la cortina y señalándoles que siguieran.

Confusos, Will y Loth siguieron, atravesando las lujosas cortinas de terciopelo.

La luz tenue del interior del templo revelaba docenas de personas, algunas tan jóvenes como él y otras en sus treinta, todas vestidas con las ropas ornamentadas de sacerdotes de Andover, y cada una encerrada en una jaula de acero resistente.

Loth frunció el ceño de forma sorprendente.

—Aquí están los Deudores —dijo el sacerdote, con voz áspera por la congestión. —Los que todavía no han pagado para ganarse el favor de Andover.

—Escoge uno.

El sacerdote aprendiz se tapó los oídos con las manos.

—¡Elígeme a mí, joven! —jadeó una mujer con el vestido parcialmente abierto, resaltando su escote, apretujándose contra las rejas—. ¡Cuidaré muy bien de ti!

Un momento después, otra sacerdotisa hizo lo mismo, seguida por un sacerdote y otro más. Pronto, todos los religiosos cautivos, jóvenes y viejos, suplicaban ser elegidos, llenando el silencio con gritos estruendosos.

—A esa —apuntó Will a una chica bonita de su edad.

—A esa —dijo Loth al mismo tiempo, señalando a un hombre corpulento con canas en la barba.

—¿Qué, por qué? —exigió Will cuando el alboroto cesó.

—Conseguiríamos más por nuestro dinero si elegimos a alguien que sepa qué hace. La experiencia vale más que oro cuando lleguemos a los pisos superiores.

—¡Tiene razón! —dijo el hombre mayor, con los ojos muy abiertos—. ¡He llegado hasta el quinto piso! Puedo ayudarte a subir, advertirte de los peligros. Además, sé cocinar y acampar. Eres un compañero muy inteligente.

—Hmm… —Will se rascó la barba pensativamente.

—Y, además, como él es un hombre mayor sin familia, las reglas de la sociedad dicen que, cuando inevitablemente muera, no sentiremos tristeza. Los hombres, especialmente los mayores sin vínculos familiares, son desechables —puntualizó Loth—. Piensa en él como un Sacerdote en Entrenamiento del que podemos aprender a mantener vivo.

—Uhm —el sacerdote palideció y dio un paso atrás, alejándose de las rejas—.

—Disculpen, señores, ya que el dinero provino de ambos, deben llegar a un acuerdo sobre qué Deudor quieren comprar —dijo el sacerdote más joven, con el sudor perlándole la frente.

Will y Loth se miraron y asintieron.

—A ese —dijeron en coro, señalando al sacerdote desechable con cabello sal y pimienta.